

IDEAS, TEORÍAS, PROBLEMAS

Grandes piedras en un mundo cambiante: la arqueología de los megalitos en su paisaje

David Wheatley y Patricia Murrieta Flores, Department of Archaeology, University of Southampton



Resumen

Los monumentos megalíticos han sido estudiados desde diversas perspectivas y su arquitectura y función se encuentran entre los temas más recurrentes. A pesar de los extensos estudios al respecto, consideramos que para obtener una profunda comprensión de los aspectos sociales y culturales en que se hallan inmersos, también es necesario acercarse a ellos desde una perspectiva más completa, tomando en cuenta su contexto geográfico. En este sentido, el presente artículo da en primera instancia una visión general de la relación entre estos monumentos y sus paisajes, articulada en una correspondencia en la que se piensa lo cultural-natural, como parte integral de un mismo fenómeno. Asimismo, busca también discutir particularidades específicas que hablan de esta relación, como lo son el acceso a materias primas para su construcción, cosmovisión y referencia a otros puntos geográficos, patrones de movimiento y rutas, así como su localización y visibilidad. Finalmente, se persigue enfatizar el carácter dinámico de los monumentos megalíticos en los procesos implícitos en la formación del paisaje prehistórico.

Palabras clave

Arqueología | Europa | Megalitismo | Monumentos megalíticos | Paisaje cultural | Paisaje natural

LA ARQUEOLOGÍA DE LOS MEGALITOS EN SU PAISAJE

Podemos entender mucho sobre el fenómeno megalítico a partir de las propiedades de las estructuras megalíticas en sí mismas y a partir de sus hallazgos asociados. El trabajo del profesor C. Scarre ha mostrado cómo el estilo de la arquitectura y los contenidos de un monumento nos hablan de las posibles motivaciones de las comunidades prehistóricas que lo construyeron y mantuvieron. Las preferencias de estas comunidades son a menudo reveladoras: el carácter y propiedades de la piedra, las formas arquitectónicas y las cronologías nos proporcionan información sobre cómo y por qué tales monumentos llegaron a existir. Sin embargo, también es necesario entender el mundo en el que fueron creados: el contexto geográfico de los monumentos. Dicho de otra forma, para conocer *por qué* las estructuras megalíticas fueron construidas y utilizadas necesitamos pensar *dónde* fueron construidas tanto como necesitamos pensar sobre *cómo* y *cuándo* lo fueron.

El trabajo de campo es habitualmente la primera tarea del prehistoriador: visitar los monumentos, registrar sus posiciones y las características de su entorno. Pero el trabajo de campo tiene importantes limitaciones. El paisaje en el que encontramos los monumentos megalíticos hoy día es muy diferente de aquel en el que fueron construidos, utilizados y experimentados en el pasado. Algunas de estas diferencias son bastante obvias: la disposición de las plantas y árboles que conformaban el paisaje natural en el que los monumentos fueron construidos se desvaneció hace mucho tiempo como consecuencia de procesos de cambio natural e impacto humano sobre el medio ambiente. Menos obvias, sin embargo, son las diferencias en aquello que, en ausencia de una terminología mejor, podríamos llamar el "paisaje cultural": la forma en que las creencias y los patrones sociales de vida en el pasado regularon cómo se percibía el entorno paisajístico de los monumentos.

PAISAJES NATURALES Y CULTURALES

Parece conveniente, por tanto, hacer una distinción entre los paisajes naturales y culturales, aproximarnos a ellos de forma separada utilizando métodos que sean apropiados en cada caso. El estudio del medio ambiente natural cae en el dominio de la llamada "arqueología medioambiental", que combina los indicadores preservados del paleoambiente con el conocimiento de los procesos de los ecosistemas naturales al objeto de construir un conocimiento relativo a las comunidades de plantas y animales que existieron en el pasado. Por el contrario, la organización espacial del paisaje cultural (los elementos antrópicos del mundo) ha caído tradicionalmente en el dominio de la "arqueología del paisaje" (*landscape archaeology*), formulada con cierta diversidad de planteamientos que tienen en común el interés por arrojar luz sobre los elementos sociales y culturales del pasado.

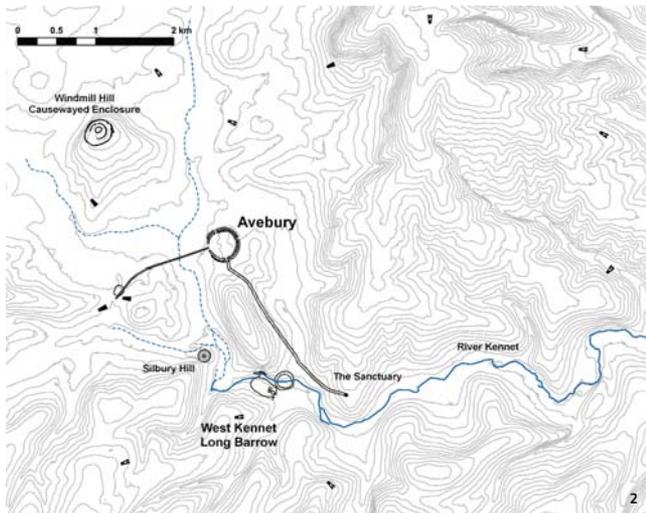
No obstante, es preciso ser cuidadoso con esta distinción entre paisajes "naturales" y "culturales". La arqueología postmoderna rechaza de plano la separación de las ideas de cultura y naturaleza y ha propuesto que (como la separación cartesiana de Mente y Cuerpo) esta dualidad es un artefacto del pensamiento ilustrado que debería ser deconstruido (THOMAS, 1996). No es necesario, sin embargo, adoptar una postura tan extrema para comprender que la distinción es problemática: muchos prehistoriadores han comenzado recientemente a reconsiderar cómo pueden estar relacionados los sitios "naturales" y "culturales" (BRADLEY, 2000), y a un nivel práctico, hay buenas razones para pensar en ambos dentro de un mismo marco. Los monumentos megalíticos parecen haber sido construidos desde el Neolítico en adelante, y este es asimismo el periodo en el que las comunidades humanas comenzaron a llevar a cabo alteraciones significativas de sus medios ambientes locales y regionales por medio del cultivo, la horticultura y la ganadería. Ya no podemos argumentar, como algunos arqueólogos han hecho en el pasado, que la adopción de la agricultura permitió la construcción de monumentos a través de la generación de excedente económico, aunque ello sí quiera decir que las actividades humanas asociadas a la construcción de megalitos no pueden ser fácilmente desvinculadas de procesos naturales de cambio medioambiental: así, por ejemplo, el cultivo está relacionado con la deposición aluvial, mientras que la ganadería aparece implicada en la supresión de la sucesión natural de comunidades vegetales. Al mismo tiempo, podemos tomar como referencia los paralelos etnográficos y las secuencias arqueológicas para sugerir que muchos sitios aparentemente "naturales" pudieron haber sido tratados por las comunidades prehistóricas como altamente significativos desde un punto de vista cultural. Las comunidades prehistóricas pueden incluso haber racionalizado algunos elementos naturales inusuales como el resultado de actividades humanas ancestrales.

ENCAJANDO LAS PIEZAS: TRAYENDO GRANDES PIEDRAS A LOS MONUMENTOS

Puede también ocurrir que algunos paisajes megalíticos sean el resultado de secuencias de eventos que podrían haber implicado la apropiación de sitios culturales/naturales y su incorporación dentro de nuevas estructuras. Las piedras de mayor tamaño tanto en Avebury como Stonehenge (sur de Inglaterra) son de un tipo conocido como *sarsen* (arenisca dura) que probablemente se encontraba dentro de un radio de unos pocos kilómetros de Avebury (SMITH, 1965; BURL, 1979; UCKO et al., 1991; POLLARD Y REYNOLDS, 2002; GILLINGS Y POLLARD, 2004; GILLINGS et al., en prensa). Aquí, en terrenos más elevados que los que tradicionalmente se han utilizados para pastos, hay todavía varias de estas piedras en sus posiciones originales. Al menos una de ellas muestra los inconfundibles surcos y marcas dejados por la práctica, llevada a cabo durante generaciones, de pulir las hachas de piedra, y aunque la mayoría de estas piedras han sido desplazadas del paisaje desde la Prehistoria, todavía es fácil comprender la gran significación que estas piedras debieron tener como marcadores de sitios de reunión en el pasado. En algún momento de mediados del III milenio a.n.e. (WHITTLE, 1993; POLLARD Y CLEAL, 2004), varios cientos de estas piedras fueron trasladadas a un área de pastos tradicional e incorporadas a una de las mayores estructuras megalíticas de Europa. En Avebury, dentro de una estructura de tipo *henge* (área delimitada por un terraplén y una zanja) con cuatro accesos, se levantó un círculo de 98 piedras que rodeaba al menos otros dos círculos más pequeños, mientras que desde al menos dos de las entradas salían "avenidas" de megalitos que formalizaban senderos utilizados quizás para procesiones rituales entre el *henge* y otros sitios significativos (imágenes 2 y 3).

Obviamente no hay una explicación simple o única del significado de esta actividad, especialmente cuando se tiene en cuenta la verdadera escala de este proyecto megalítico. La estructura principal de Avebury cubre en torno a 28 hectáreas e incluso los trabajos de excavación y terraplenado fueron inmensos: por ejemplo, la zanja tuvo originalmente hasta 10 m de profundidad. Aunque su tamaño es muy variable, hay numerosas piedras supervivientes que superan las 60 toneladas de peso y la más grande del monumento en la actualidad (la trasera de la estructura de "ensenada" dentro del círculo interior septentrional) pesa probablemente más de 100 toneladas. A partir de los registros de anticuarios, se sabe que hasta el siglo XVIII DNE hubo en el centro del círculo interior meridional una piedra incluso mayor, que aparentemente medía hasta 7 m de altura. Desconocemos si estas piedras fueron transportadas desde unos cuantos cientos de metros o decenas de kilómetros, pero en cualquier caso la inversión de tiempo y organización que Avebury representa es impresionante.

Es preciso aclarar que sería un error pensar en estas piedras como meras "materias primas" para la construcción de la estructura megalítica. Mu-



chas (si no todas) de las piedras de Avebury debieron ser traídas desde lugares en los que habían sido conocidas ya de siglos. Como ocurriese con los otros elementos de su paisaje (tales como árboles, claros, ríos y manantiales), la gente debía conocer historias sobre algunas de estas piedras. Podemos incluso especular con que un folclore tal habría conmemorado sucesos o gente específica que habrían estado vinculados al paisaje a través de la larga asociación de una piedra con su ubicación (POLLARD Y REYNOLDS, 2002; POLLARD, 2005).

La apropiación de estas asociaciones dentro de una estructura megalítica única mediante el acto colectivo de mover esas piedras debió haber tenido una profunda significación. Incluso, el paisaje en sí se habría visto fundamentalmente transformado por este proceso. Podríamos incluso especular sobre el sentido de pérdida que debió seguir al traslado de algunas de esas piedras desde sus emplazamientos originales. Antes de su apropiación en el *henge*, cada uno de estos lugares habría sido experimentado o sentido en momentos distintos quizás por pequeños grupos. Ahora, sin embargo, quedaban todas reunidas en un lugar, de forma que pasaba a ser posible interactuar con todas ellas a la vez, conectarlas dentro de una narrativa única con los lugares e historias tradicionales en el paisaje y regular el acceso a ellas a través de sistemas de autoridad económica y ritual.

REFERENCIAS FÍSICAS A OTROS LUGARES EN EL IV MILENIO A.N.E.

Las fases megalíticas de Avebury se fechan a mediados del III milenio a.n.e., y tanto Avebury como su famoso vecino Stonehenge son, por

supuesto, bastante excepcionales. Algunos aspectos de su relación con el paisaje, sin embargo, pueden reflejar ideas que se originaron en el tiempo de las primeras estructuras megalíticas de finales del V y comienzos del IV milenio a.n.e., algunas de las cuales pudieron haberse compartido a través de una buena parte de la Europa atlántica. Es posible que el proceso de "captar y reunir" partes del paisaje natural y cultural se haya originado en ese periodo, lo que explicaría por qué las estructuras megalíticas alcanzaron una distribución tan amplia, quizás reflejando cambios de organización social y económica que también estaban teniendo lugar en ese momento.

Rodeando Stonehenge y Avebury se encuentran grupos de monumentos funerarios más antiguos, construidos quizás entre 3900 y 3600 a.n.e. (BARKER, 1985). Algunos de estos monumentos son estructuras en tierra ("long mounds" o "túmulos largos") que cubren restos de actividades anteriores, incluyendo recintos mortuorios. Otros, tales como West Kennet Long Barrow, cerca de Avebury (PIGGOTT, 1962; THOMAS Y WHITTLE, 1986), son dólmenes de corredor y cámara que contenían los restos desarticulados de numerosos individuos. Como en otras partes de Europa, estas cámaras funerarias constituían el escenario de rituales relacionados con el paso de los individuos vivos al mundo ideológico de los ancestros y (como siglos más tarde lo sería Avebury) muchos de estos monumentos fueron construidos con piedra de tipo *sarsen*. En West Kennet Long Barrow, los ortostatos y cobijas son todos de *sarsen* y al menos uno de ellos muestra marcas de pulimentado de hachas (imagen 4). Es posible que tales marcas se formaran con la piedra ya in situ como parte de la arquitectura de la tumba, pero quizás es más probable que se trate de otro ejemplo del proceso descrito anteriormente por el cual se incor-

4. Marcas de afilado de hachas sobre un ortostato cerca de la entrada de West Kennet Long Barrow / FOTO: DAVID WHEATLEY

5. Vista de la cámara de West Kennet Long Barrow mirando hacia la entrada. Se aprecia la técnica mixta de aparejo ortostático de sarsens y mampostería de piedra caliza / FOTO: DAVID WHEATLEY



poraban en el nuevo monumento referencias físicas a otros lugares del paisaje circundante. Esta idea parece también apoyada por el empleo en West Kennet de muros de mampostería en seco hechos con piedra caliza traída desde la región de Frome, unos 40 km al suroeste (imagen 5). Las propiedades físicas de esta piedra caliza pueden haberla hecho particularmente adecuada para este tipo de construcción, pero una explicación puramente funcional parece insuficiente, dada la distancia de las canteras y la falta de una tradición en esta técnica de construcción en la región de Avebury. De nuevo, parece más probable que al menos parte de la intención fuera incorporar en la arquitectura de la tumba una referencia física a otro lugar, en este caso utilizando un método de construcción y un tipo de piedra que evocaba las actividades de otras comunidades situadas más al oeste.

Estas características no parecen estar restringidas a las Islas Británicas. En la región francesa de Puy-de-Dôme (Limagne), los análisis petrológicos han proporcionado datos concluyentes del transporte de grandes piedras en distancias de hasta 15 km para ser empleadas en construcciones megalíticas (DE GOËR DE HERVE & SURMELY, 2002). Ejemplos famosos de esta práctica son el Grand Menhir Brisé, Locmariaquer, France (HORNSEY, 1987) o el mismo sitio de Stonehenge, en una de cuyas primeras fases, como ha explicado el profesor C. Scarre en las páginas precedentes, se emplearon piedras procedentes de Gales, transportadas desde decenas de km de distancia. La reutilización de piedras significativas puede haber sido habitual en todas las regiones europeas con fuerte implantación del megalitismo, habiendo constituido un fenómeno vinculado al mantenimiento de la memoria. El trabajo del profesor García Sanjuán en este volumen explora esta cuestión en mayor profundidad, citando ejemplos de re-utilizaciones de piedras, menhires y estelas en monumentos megalíticos. Por supuesto, se trata de un fenómeno difícil de demostrar arqueológicamente, pero parece cada vez más probable que las estructuras megalíticas pudieron haber sido periódicamente desmanteladas, siguiendo los distintos elementos constructivos de las mismas diversas trayectorias de re-utilización en estructuras ulteriores.

PAISAJES VISUALES EMERGENTES EN EL IV MILENIO A.N.E.

Otro factor de interés es cómo de visibles debieron ser en el paisaje las estructuras megalíticas iniciales (THOMAS, 1993; TILLEY, 1994; WHEATLEY, 1995; EXON et al., 2000; WHEATLEY, 2000). Recientemente, la visibilidad de los monumentos en el paisaje ha sido materia de mucho debate. A este respecto, la distribución de túmulos en torno a Avebury y Stonehenge apunta a que las ubicaciones escogidas para la construcción de esos monumentos no fueron aleatorias (WHEATLEY,

1996). Por el contrario, parece que se prefirieron sitios del paisaje de elevado potencial de visibilidad, lo cual sugiere que, al mismo tiempo que servían de lugares donde tenían lugar actos de conmemoración y rituales, se buscaba que los túmulos en sí mismos fueran visibles durante la vida diaria. Además de esta visibilidad general, también parece que la elección de las ubicaciones favoreció a aquellos lugares que disponían de una buena visibilidad con respecto a otros monumentos; en otras palabras, hay un grado inusualmente alto de *intervisibilidad* así como de *visibilidad*. Estas pautas pueden reflejar algunas de las intenciones subyacentes de los constructores, que en primer lugar buscaban dar prominencia a los túmulos en su entorno, quizás como discursos visuales que reforzaban los derechos de control de la tierra, pero que en segundo lugar también perseguían mantener y perpetuar las estructuras sociales y la autoridad que habían llegado a representar.

La selección de lugares con ciertas cualidades de visibilidad para la construcción de monumentos megalíticos puede haber sido más común de lo que se ha pensado hasta ahora. Por ejemplo, los dólmenes y menhires de la región de Puy-de-Dôme antes citada (DE GOËR DE HERVE Y SURMELY, 2002) también parecen haber sido construidos en sitios escogidos por su alto nivel de visibilidad. En Carnac, en la región francesa de Bretaña, se hace evidente un patrón incluso más interesante (ROUGHLEY, 2004): en este caso parece haber existido una distinción entre los lugares escogidos para la construcción de los diferentes tipos de monumentos existentes, es decir tumbas de corredor y cámara y los llamados *tertres tumulaires* (túmulos de tierra que normalmente cubren cistas de piedra). Aunque es difícil establecer si estos monumentos fueron construidos al mismo tiempo, su distribución es interesante, con un patrón que es en parte dependiente de la escala a la que se observe. A una escala más pequeña, parece que las tumbas de corredor y cámara fueron generalmente emplazadas para incrementar su nivel de visibilidad en el paisaje; pero a una escala mayor, puramente local, a menudo parecen tener una visibilidad más bien escasa. Esto ocurre porque las tumbas de corredor y cámara tienden a estar localizadas en colinas suaves que tienen la característica de disponer de "falsas crestas". El efecto de ello es que conforme un observador se aproxima a uno de estos monumentos se encuentra con que en un cierto punto su *objetivo* desaparece de la vista antes de reaparecer de forma bastante repentina a corta distancia, quizás optimizando así el impacto visual de la arquitectura. También tienden a estar orientados hacia los horizontes más próximos, lo que tiene el efecto de marcar de forma más pronunciada contra el cielo la silueta del lado de la entrada al monumento conforme uno se aproxima. Por el contrario, los *tertres tumulaires* parecen ser menos visibles a mayores distancias, y no muestran tales características visuales a corta distancia. Igualmente, mientras existe un alto nivel de intervisibilidad dentro de los grupos de *tertres tumulaires*, hay muy poca visibilidad de

los distintos grupos entre sí. Parece, por tanto, que la ubicación de los *tertres tumulaires* fue decidida con la intención de que se les encontrara como grupo a escala local, mientras que las tumbas de cámara y corredor fueron diseñadas para ser más prominentes en el contexto paisajístico general, y más impresionantes conforme uno se acercaba.

RUTAS, SENDEROS Y TRASHUMANCIA

Pautas similares a las que acabamos de describir pueden estar presentes en algunos grupos de estructuras megalíticas españolas, aunque en este caso es posible que la localización esté también relacionada con la aparición en el paisaje prehistórico de rutas y senderos. Ya hemos visto anteriormente cómo algunas de las piedras de Avebury formaban "avenidas" que formalizaban vías de paso entre sitios significativos. Este movimiento a escala de un sitio único podía estar conectado con pautas de movimiento y desplazamiento entre sitios megalíticos situados a mayor distancia (senderos, caminos...). En el sur de España, las rutas de trashumancia (vías pecuarias) han sido tradicionalmente utilizadas para el movimiento de animales a larga distancia. Aunque no se puede asumir de forma apriorística que tales vías pecuarias hayan tenido su origen en vías de paso prehistóricas, sí es plausible plantear como hipótesis (en base a las evidencias que existen sobre cómo se gestan y conforman los caminos en función de las características del terreno, especialmente la pendiente) que algunas de ellas pueden representar la reiteración de uso de caminos y vías de paso que tuvieron un origen más antiguo. De hecho, hace ya bastante tiempo que se ha venido sugiriendo que en algunas regiones españolas las distribuciones de monumentos megalíticos parecen estar asociadas a vías de paso tradicionales, incluyendo vías pecuarias (CHAPMAN, 1979; CRIADO Y VAQUERO, 1993; CRIADO BOADO et al., 1994; GALÁN Y MARTÍN, 1991-1992; GALÁN Y RUIZ-GÁLVEZ, 2001; VILLOCH, 2001; etc.).

Este es precisamente un tema al que hemos dedicado una investigación reciente en la región de Sierra Morena occidental, provincias de Huelva y Sevilla (MURRIETA FLORES, 2007; MURRIETA FLORES et al., en prensa). Además de la existencia en esta región de algunos grupos de megalitos dispuestos de forma pautada y no aleatoria para ser más inter-visibles, un estudio previo de patrones de visibilidad ya había sugerido la probable conexión de dichos monumentos con algunas vías pecuarias de uso documentado en época moderna y medieval (GARCÍA SANJUÁN et al., 2006). En un caso, el grupo de monumentos megalíticos situado cerca de Aracena (Huelva) parece estar bastante integrado visualmente, aunque también destaca que están distribuidos de forma que resulten visibles desde el cercano asentamiento prehistórico de Cerro Libro, el cual a su vez encuentra dominando una vía

pecuaria. Unos 50 km más al oeste, el grupo de sitios megalíticos que se encuentra en la cabecera del valle del río Viar, en Almadén de la Plata, parece mostrar una asociación todavía más fuerte con las vías de trashumancia. En este grupo destaca el complejo funerario de Palacio III (citado por el profesor García Sanjuán en las páginas precedentes de este volumen en relación con su continuidad de uso a lo largo del tiempo), que se encuentra pegado a una de las vías pecuarias históricas más importantes de la región, el llamado Cordel del Pedroso, que permite la "entrada" hacia el valle del río Viar desde el interior de las serranías más profundas. Esta vía pecuaria fue de importancia estratégica para las actividades de ganadería en el Reino de Sevilla, en el Bajo Medievo. El estudio realizado por nosotros recientemente muestra que el trazado del Cordel del Pedroso coincide con la ruta óptima de desplazamiento a partir de la pendiente del terreno. Este hecho, unido a que aparece flanqueada por monumentos megalíticos de una forma estadísticamente significativa, sugiere que en efecto la vía pecuaria se conformó sobre una vía de paso y movimiento mucho más antigua, en la que los monumentos megalíticos tenían una función señalizadora o marcadora.

Muchos otros estudios están empezando a estudiar con una metodología cada vez más sofisticada de análisis espacial la relación de caminos y vías de paso tradicionales con cierto tipo de sitios prehistóricos, incluyendo por supuesto los megalitos. Estudios llevados a cabo en Galicia han llevado a algunos arqueólogos a sugerir que los megalitos tienden a estar posicionados en áreas tales como pasos de montaña y vados de ríos, quizás actuando como hitos paisajísticos y a la vez recordatorio físico de caminos que quizás no eran muy frecuentados.

Lo que sí parece definitivamente cierto es que la relación entre los megalitos y su paisaje era compleja, y que los monumentos formaron parte de un mundo cultural-natural integrado en el que muy probablemente no desempeñaron una función única.

PAISAJES RITUALES

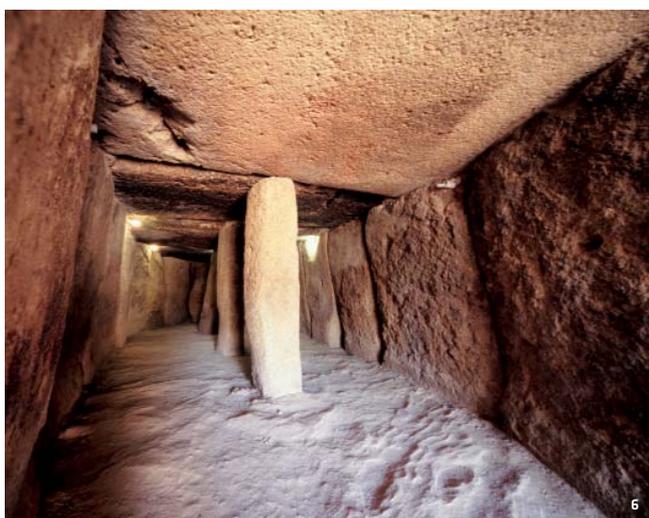
Algunas relaciones con el paisaje son demasiado específicas para ser susceptibles de una aproximación muy generalizadora, y sin embargo parecen sugerir que algunos sitios megalíticos específicos pudieron haber tenido relaciones complejas con elementos naturales y culturales, formando quizás "paisajes rituales" conectados.

El Dolmen de Menga en Antequera (Málaga), una de las estructuras megalíticas más singulares de la Península Ibérica, parece haber tenido una de estas complejas relaciones singulares con su paisaje, según hemos podido establecer en investigaciones muy recientes (GARCÍA

SANJUÁN Y WHEATLEY, 2008; GARCÍA SANJUÁN Y WHEATLEY, en prensa). Adyacente a otra gran estructura megalítica, el Dolmen de Viera, Menga es una construcción en galería de inusuales dimensiones (25 m de longitud, entre 2 y 5,5 m de anchura y cubierta por un túmulo de 35 m de diámetro) cuya cámara tiene tres pilares dispuestos a lo largo de su eje longitudinal (imagen 6). Arquitectónicamente Menga es única por su extraordinario tamaño y por la presencia de los pilares, aunque el reciente descubrimiento de un pozo de 20 m de profundidad en la parte trasera de la cámara, que sus excavadores piensan podría ser de cronología prehistórica, aumenta la impresión de que Menga pudo haber funcionado como algo más que una simple tumba.

Sin embargo, los estudios recientes han aportado pistas del carácter especial de Menga en relación con su paisaje circundante. En primer lugar, Menga tiene una orientación altamente inusual. La inmensa mayoría de las cámaras megalíticas ibéricas están orientadas entre 55 y 125 grados, lo cual sugiere que la práctica normal era diseñar el eje de cada construcción en dirección al orto solar (HOSKIN, 2001). Menga, sin embargo, está orientada más al norte de este rango, y hacia la Peña de los Enamorados, un prominente macizo calizo que es visible desde casi toda la región de Antequera (imagen 7). La Peña ha sido tradicionalmente un hito en el paisaje de Antequera (MORENO ARA-GÜEZ Y RAMOS MUÑOZ, 1983), al menos desde época romana. También es famosa por su característica silueta, que vista desde el este o el oeste, asemeja un rostro humano yacente, lo que ha hecho que la Peña haya tenido una presencia muy intensa en el folclore local.

De estudios anteriormente realizados, es sabido que en la Peña de los Enamorados y su entorno hay varios yacimientos prehistóricos, incluyendo asentamientos de la Edad del Cobre y de la Edad del Bronce. Sin embargo, las prospecciones realizadas por un equipo conjunto de las universidades de Sevilla y Southampton en 2006 han permitido identificar numerosos yacimientos más que han dado un giro importante a la interpretación de este sitio "natural" y su relación paisajística con Menga (GARCÍA SANJUÁN Y WHEATLEY, en prensa). De especial relevancia es un abrigo con arte rupestre pintado situado en el farallón norte de la Peña (la parte que se asimila con la "barbilla" de la figura humana yacente), así como una dispersión de material microlítico de época Neolítica y de la Edad del Cobre que, a escasa distancia del anterior, aparece en torno a un gran bloque de piedra caliza con vetas de cristales de calcita que en textura y apariencia resultan casi indistinguibles del cuarzo, un mineral que tiene una fuerte asociación con las construcciones megalíticas, tanto en el sur de la península Ibérica como en otras regiones europeas (cf. FORTEZA GONZÁLEZ et al., 2008 para una discusión reciente). Aunque la cronología precisa y la caracterización funcional de estos sitios están todavía en proceso de investigación, parece claro que la parte norte de la Peña tuvo mucha



más relevancia en la Prehistoria de lo que se había creído con anterioridad. De hecho, el cálculo de la orientación exacta de Menga, establecido a partir de una planimetría de alta precisión del monumento, muestra que su eje axial se alinea exactamente con el abrigo con pintura rupestre aquí descubierto.

Si se acepta que las características de la Peña en cuanto a topografía, forma y geología debieron estar plenamente incorporadas en las cosmologías y tradiciones de las poblaciones neolíticas locales, entonces el "señalamiento" del abrigo rocoso y/o los sitios próximos mediante la orientación atípica de Menga mostraría una clara voluntad de establecer los rituales y actividades llevados a cabo en el monumento megalítico con aquellos asociados en el área norte de la Peña.

MEGALITOS, PAISAJES Y LA CREACIÓN DEL MUNDO NEOLÍTICO

El fenómeno megalítico es muy diverso, tanto geográfica como temporalmente, e incluso cuando su examen se restringe a unas coordenadas espacio-temporales específicas, las actividades de construcción y uso pueden valorarse en términos de un amplio abanico de aspectos de la sociedad prehistórica. A pesar de esta diversidad, sin embargo, es posible que, en el caso de Europa occidental, el fenómeno responda a un núcleo de ideas compartidas que emergieron en muchas partes de la costa atlántica cuando la forma de vida neolítica comenzaba a surgir. Estas ideas se manifiestan a veces en el deseo de construir monumentos a partir de grandes piedras, y de utilizar la arquitectura y posición de estos monumentos para realizar conexiones con otros mo-

numentos y otros lugares. Aunque las primeras fases de la construcción de monumentos pudieron en algunos casos durar tan sólo unos pocos siglos, algunas de las ideas centrales relacionadas con la creación de una red de conexiones en el paisaje prehistórico pudieron persistir hasta el III milenio a.n.e., conformando finalmente la construcción de algunos de los monumentos más famosos de esta amplia región europea, como es el caso de Avebury, Stonehenge o Carnac.

Con independencia de que los cambios que vemos en el Neolítico fueran causados por reemplazamientos poblacionales o por la adopción de nuevas ideas, las estructuras megalíticas fueron claramente parte de la respuesta de estas comunidades a tales cambios. Los paisajes de los megalitos más antiguos pueden representar intentos de expresar vínculos con elementos "naturales" que quizás no fueron necesariamente entendidos como naturales por las comunidades prehistóricas. Una vez iniciado, sin embargo, el proceso de construcción de megalitos no puede haber sido simplemente una respuesta pasiva a un mundo cambiante, sino un participante activo en tales cambios. Los monumentos megalíticos ganaron un significado y sentido tales que, posteriormente, otros monumentos les dirigieron referencias visuales y cuando fueron desmantelados sus componentes fueron a veces reutilizados en estructuras nuevas. Por tanto, la construcción de monumentos en el paisaje fue tanto un efecto de las ideas en proceso de cambio, y al mismo tiempo, en parte, una causa de esos cambios.

Desde una perspectiva paisajística, las actividades de construcción megalítica a menudo parecen expresar un deseo de "conectar" lugares en el paisaje de varias formas distintas. Esto se consigue en parte trayendo los elementos más perdurables del paisaje natural/cultural (grandes piedras) y reuniéndolos en un proyecto arquitectónico único. Más tarde, esta práctica de crear conexiones pudo volverse más sofisticada, implicando la incorporación de elementos integrantes de monumentos previamente construidos a la arquitectura de otros monumentos nuevos (como ocurre con el Grand Menhir Brise) o incluyendo referencias a los materiales constructivos y estilos característicos de otras regiones (como en Grand Menhir Brise).

Al mismo tiempo, la elección de localizaciones para la construcción de los monumentos megalíticos puede haber estado lejos de resultar arbitraria. Las referencias físicas construidas en la arquitectura de los monumentos estaban a veces acompañadas por referencias visuales a otros monumentos o a lugares significativos dentro del paisaje. A veces (como en el caso del Dolmen de Menga y la Peña de los Enamorados) vislumbramos del grado de significación que las orientaciones y el posicionamiento de elementos del paisaje ritual pudieron haber tenido. Los megalitos, por tanto, pudieron haber funcionado de muchas formas dentro del paisaje: como fijadores de



estatus entre comunidades, como “marcadores” asociados con rutas o cruces de caminos, o como símbolos de autoridad ritual. Como quiera que sea, las estructuras megalíticas *funcionaban*, y su ubicación espacial parece reflejar la compleja evolución de sus profundos cambios ideológicos.

En el periodo Neolítico, el deseo de conectar el paisaje de la forma que acabamos de explicar, y de imponerle marcadores visuales, puede enlazarse de forma literal con la cosmovisión de estas comunidades. Antes del Neolítico, muchas regiones de la costa Atlántica europea estuvieron pobladas por comunidades mesolíticas bien establecidas que habrían tenido comprensiones igualmente distintivas en relación

con su forma de vida cazadora y recolectora. Los cazadores y recolectores tienen poca necesidad de una idea estrictamente “territorial” de su paisaje porque los ámbitos de caza de muchos grupos pueden llegar a solaparse de forma significativa. Por el contrario, es posible que las comunidades mesolíticas de la Europa atlántica, como los aborígenes australianos, concibieran su mundo como una serie de caminos que conectaban lugares significativos. Con las formas de vivir y pensar del Neolítico, muchas de las cuales estaban relacionadas con la agricultura y la ganadería, es posible que una nueva forma de concebir el mundo llegase a la Europa atlántica. Esta nueva comprensión del mundo pudo haber sido expresada mediante la marcación del paisaje utilizando uno de sus elementos más permanentes y perdurables.

Bibliografía

- BARKER, C. T.** (1985) The long mounds of the Avebury region. *Wiltshire Archaeological and Natural History Magazine*, 79, 1985, pp. 7-38
- BRADLEY, R.** (2000) *An Archaeology of Natural Places*. London: Routledge, 2000
- BURL, A.** (1979) *Prehistoric Avebury*. New Haven & London: Yale University Press, 1979
- CHAPMAN, R. W.** (1979) Transhumance and megalithic tombs in Iberia. *Antiquity*, 53, 1979, pp. 150-152
- CRIDO BOADO, F.; VAQUERO LASTRES, J.** (1993) Monumentos, nudos en el pañuelo. Megalitos, nudos en el espacio: análisis del emplazamiento de los monumentos tumulares gallegos. *Espacio, Tiempo y Forma, Serie I, Prehistoria y Arqueología*, 6, 1993, pp. 205-248
- CRIDO BOADO, F.; FÁBREGAS VALCARCE, R.; VAQUERO LASTRES, J.** (1994) Regional patterning among the Megaliths of Galicia (NW Spain). *Oxford Journal of Archaeology*, 13, 1994, pp. 33-49
- DE GOËR DE HERVE, A.; SURMELY, F.** (2006) New studies on the provenance of the stones used for the construction of megaliths in Puy-de-Dôme. En Jousaume, R.; Laporte, L.; Scarre, C. (ed.) *Origin and Development of the Megalithic Phenomenon of Western Europe. Proceedings of the International Symposium* (Bougon, France, October 26th-30th 2002). Niort: Conseil Général de Deux Sèvres, 2006, pp. 249-252
- EXON, S.; GAFFNEY, C. F.; WOODWARD, A.; YORSTON, R.** (2000) *Stonehenge Landscapes: Journeys Through Real-and-Imagined Worlds*. Oxford: Archaeopress, 2000
- FORTEZA GONZÁLEZ, M.; GARCÍA SANJUÁN, L.; HERNÁNDEZ ARNEDE, M. J.; SALGUERO PALMA, J.; WHEATLEY, D.** (2008) El cuarzo como material votivo y arquitectónico en el complejo funerario megalítico de Palacio III (Almadén de la Plata, Sevilla): análisis contextual y mineralógico. *Trabajos de Prehistoria*, 65 (2), 2008
- GALÁN DOMINGO, E.; MARTÍN BRAVO, A. M.** (1991-1992) Megalitismo y zonas de paso en la cuenca extremeña del Tajo. *Zephyrus*, 44-45, 1991/2, pp. 193-205
- GALÁN DOMINGO, E.; RUIZ-GÁLVEZ, M.** (2001) Rutas ganaderas, trasterminancia y caminos antiguos. El caso del Occidente Peninsular entre el Calcolítico y la Edad del Hierro. En Gómez-Pantoja, J. (ed.) *Los rebaños de Gerión. Pastores y trashumancia en Iberia antigua y medieval*. Madrid: Colección de la Casa de Velázquez, 2001, pp. 279-311
- GARCÍA SANJUÁN, L.; METCALFE-WOOD, S.; RIVERA JIMÉNEZ, T.; WHEATLEY, D. W.** (2006) Análisis de pautas de visibilidad en la distribución de monumentos megalíticos de Sierra Morena occidental. En Grau Mira, I. (ed.) *La Aplicación de los SIG en la Arqueología del Paisaje*. Alicante: Universidad de Alicante, 2006, pp. 181-200
- GARCÍA SANJUÁN, L.; WHEATLEY, D. W.** El marco territorial de los Dólmenes de Antequera: Valoración preliminar de las primeras investigaciones." En Ruiz González, B. (ed.) *Dólmenes de Antequera. Tutela y Valorización Hoy*. Sevilla: Junta de Andalucía, Consejería de Cultura (en prensa)
- GARCÍA SANJUÁN, L.; WHEATLEY, D. W.** (en prensa) Natural substances, landscape forms, symbols and funerary monuments: elements of cultural memory among the Neolithic and Copper Age societies of Southern Spain. En Lillios, K. y Tsamis, V. (ed.) *Material Mnemonics. Everyday Memory in Prehistoric Europe*. Oxford: Oxbow (en prensa)
- GILLINGS, M.; POLLARD, J.** (2004) *Avebury*. London: Duckworth, 2004
- GILLINGS, M.; POLLARD, J.; WHEATLEY, D. W.; PETERSON, R.** (en prensa) *Landscape of the Megaliths*. Oxford: Oxbow Books
- HORNSEY, R.** (1987) The Grand Menhir Brisé: megalithic success or failure. *Oxford Journal of Archaeology*, 6, 1987, pp. 185-217
- HOSKIN, M.** (2001) *Tombs, Temples and their Orientation. A New Perspective on Mediterranean Prehistory*. Oxford: Ocarina Books, 2001
- MORENO ARÁGÜEZ, A.; RAMOS MUÑOZ, J.** (1983) Peña de los Enamorados. Un yacimiento del la Edad del Bronce en la Depresión de Antequera. *Mainake. Estudios de Arqueología Malagueña*, 4-5, 1983, pp. 53-74
- MURRIETA FLORES, P. A.** (2007) *Mobility, Transhumance and Prehistoric Landscape. A GIS Approach to the Archaeological Landscape of Almadén de la Plata in Andalucía, Spain*. Archaeology. MSc, University of Southampton
- MURRIETA FLORES, P. A.; WHEATLEY, D. W.; GARCÍA SANJUÁN, L.** (en prensa) Movilidad y vías de paso en los paisajes prehistóricos: megalitos y vías pecuarias en Almadén de la Plata (Sevilla, España). *Actas del V Simposio Internacional de Arqueología de Mérida. Sistemas de Información Geográfica y Análisis Arqueológico del Territorio* (Mérida, 7-10 de Noviembre de 2007)
- PATTON, M.** (1993) *Statements in Stone: Monuments and Society in Neolithic Brittany*. London: Routledge, 1993
- PIGGOT, S.** (1962) *The West Kennet Long Barrow: Excavations 1955-56*. London: HMSO, 1962
- POLLARD, J.** (2005) Memory, monuments and middens in the Neolithic Landscape. En Brown, G.; Field, D.; McOmish, D. (ed.) *The Avebury Landscape: Aspects of the Field Archaeology of the Marlborough Downs*. Oxford: Oxbow Books, 2005, pp. 103-114
- POLLARD, J.; CLEAL, R.** (2004) Dating Avebury. En Cleal, R.; Pollard, J. (ed.) *Monuments and Material Culture. Papers in Honour of an Avebury Archaeologist: Isobel Smith*. Salisbury: Hobnob Press, 2004, pp. 120-129
- POLLARD, J.; REYNOLDS, A.** (2002) *Avebury: The Biography of a Landscape*. Stroud: Tempus, 2002
- ROUGHLEY, C.** (2004) The Neolithic landscape of the Carnac region, Brittany: new insights from digital approaches. *Proceedings of the Prehistoric Society*, 70, 2004, pp. 153-172
- SMITH, I. F.** (1965) *Windmill Hill and Avebury: Excavations by Alexander Keiller 1925-1939*. Oxford: Clarendon Press, 1965
- THOMAS, J.** (1993) The politics of vision and the archaeologies of landscape. En Bender, B. (ed.) *Landscape: Politics and Perspectives*. London: Berg, 1993, pp. 19-48
- THOMAS, J.** (1996) *Time, Culture and Identity: An Interpretive Archaeology*. London: Routledge, 1996
- THOMAS, J.; WHITTLE, A. W. R.** (1986) Anatomy of a tomb: West Kennet revisited. *Oxford Journal of Archaeology*, 5, 1986, pp. 129-156
- TILLEY, C.** (1994) *A Phenomenology of Landscape: Places, Paths and Monuments*. Oxford: Berg, 1994
- UCKP, P. J.; HUNTER, M.; CLARK, A. J.; DAVID, A.** (1991) *Avebury Reconsidered: from the 1660s to the 1990s*. London: Unwin Hyman, 1991
- VILLOCH VÁZQUEZ, V.** (2001) El emplazamiento tumular como estrategia de configuración del espacio social. Galicia en la prehistoria reciente. *Complutum*, 12, 2001, pp. 33-49
- WHEATLEY, D. W.** (1995) Cumulative viewshed analysis: a GIS-based method for investigating intervisibility, and its archaeological application. En Lock, G. R.; Stancic, Z. (ed.) *Archaeology and Geographic Information Systems: a European perspective*. London: Taylor & Francis, 1995, pp. 171-185
- WHEATLEY, D. W.** (1996) The use of GIS to understand regional variation in Neolithic Wessex. En Maschner, H. D. G. (ed.) *New Methods, Old Problems: Geographic Information Systems in Modern Archaeological Research*. CAI Occasional Paper. Carbondale, Illinois: Southern Illinois University at Carbondale, 1996, pp. 75-103
- WHEATLEY, D. W.** (2000) Visual perception and GIS: developing appreciation to the study of archaeological visibility. En Lock, G. (ed.) *Beyond the Map: Archaeology and Spatial Technologies*. NATO Science Series: Life Sciences. Amsterdam: IOS Press, 2000, pp. 1-27
- WHITTLE, A. W. R.** (1993) The Neolithic of the Avebury area: sequence, environment, settlement and monuments. *Oxford Journal of Archaeology*, 12, 1993, pp. 29-53